



Aproximación a la historia del cine mudo en Talavera (1897-1933)

EL PRIMER centenario del cine, celebrado a lo largo del pasado año, es una buena ocasión para dar a conocer la pequeña historia del séptimo arte en Talavera de la Reina. En las páginas siguientes nos aproximaremos al origen de esta historia, es decir, a los años del cine mudo.

La etapa que vamos a estudiar ha sido la más desconocida y peor tratada del cine español desde el punto de vista historiográfico. Hasta hace muy poco sólo dos o tres obras se ocupaban con extensión y desigual resultado del tema, pero hoy día ya se está haciendo un auténtico esfuerzo por recuperar la memoria de una época sumida durante demasiado tiempo en un injusto olvido, cuya más grave consecuencia ha sido la pérdida de casi todo el material filmado entonces.

Para el caso de Talavera prácticamente puede considerarse este estudio como el primero que se lleva a cabo sobre el particular, si se exceptúa el pequeño apartado que BENITO DÍAZ DÍAZ le dedicó en su reciente trabajo sobre la ciudad en los años de la Restauración. Buena parte de las páginas siguientes están basadas en la lectura de la prensa talaverana que todavía se conserva, en especial las colecciones de *El Criterio*, *El Heraldo de Talavera*, *La Ribera del Tajo* y el diario toledano *El Castellano*, que semanalmente publicaba una página local dedicada a Talavera.

Por lo que a fuentes documentales se refiere, han sido de gran utilidad los documentos guardados en la sección *Obras y Urbanismo* del Archivo Municipal de Talavera. Asimismo los libros de acuerdos del Ayuntamiento contienen diversas noticias, principalmente sobre

concesiones de licencias de apertura de cines veraniegos, reformas en los teatros o instalación de barracas en las ferias. Estas noticias permiten además conocer los nombres de quienes se dedicaron en la ciudad al negocio del cinematógrafo.

LA SOCIEDAD Y CULTURA TALAVERANAS EN LOS AÑOS DEL CINE MUDO.

Durante el primer tercio del siglo, tiempo en que el cine mudo se desarrolla, consolida y finalmente desaparece y deja su puesto al sonoro, Talavera de la Reina fue la típica ciudad castellana de provincias con una economía fundamentalmente agrícola y ganadera, un sector comercial creciente pero nunca capaz de amenazar el predominio de las actividades agropecuarias, y una vida social y cultural caracterizada por una apatía endémica que frustró no pocos intentos de transformar las difíciles condiciones de vida reinantes.

A la cabeza de la sociedad talaverana había una pequeña burguesía de comerciantes e industriales surgida a raíz del auge que la ciudad volvió a tomar como emporio comercial a finales del XIX. Por debajo de ella existía una clase media algo más nutrida pero también minoritaria que agrupaba a funcionarios y empleados de organismos públicos con pequeños y medianos comerciantes, medianos propietarios agrícolas y otras profesiones liberales. El estrato inferior lo formaba una masa de jornaleros, pequeños artesanos, obreros manuales y pequeños propietarios que en grupo representaban aproximadamente el 75% de la población.

El poder político y buena parte del económico lo detentaron siempre las dos primeras clases descritas, pero sobre todo la heterogénea clase media. De ellas partieron casi todas las escasas iniciativas de mejora de la ciudad, tanto urbanísticas como aquellas que pretendían dotarla de cierta infraestructura industrial. Dichas clases fueron además las que llevaron el peso del gobierno municipal a través de su institución más representativa, el Ayuntamiento¹.

La eficacia de la Corporación para resolver los múltiples problemas de Talavera dejaba mucho que desear, fuese del partido que fuese. A su persistente pasividad había que añadir la grave crisis que padecía, reflejada por la prensa local en numerosas acusaciones de

1. El año que apareció el cine en Talavera (1897) la Corporación estaba formada por siete propietarios, tres comerciantes, tres industriales, un tratante de ganados, un agricultor, un médico y un concejal de profesión desconocida.

caciquismo y en incontables quejas por las frecuentes y a menudo injustificadas ausencias de alcaldes y concejales de los plenos municipales, plenos que hasta la Dictadura no era raro acabasen con algún altercado entre ediles debido a cualquier motivo². Por si fuera poco, la situación del Tesoro municipal era realmente mala, con una elevada deuda pública, presupuestos anuales cada vez mayores y frecuentes situaciones de insolvencia.

No es de extrañar que en vísperas del golpe de Estado de Primo de Rivera cierto periódico local describiese este panorama: "*Talavera es una ciudad que sólo tiene de tal el nombre y en ella se nota a simple vista la carencia absoluta de toda noción de civismo y progreso (...) no hay nada bien constituido, ni medianamente constituido y que empezando por la higiene y terminando por el ornato público (...), etc., todo está abandonado*"³. Durante la Dictadura se notaron ciertas mejoras importantes, principalmente en la cuestión del alcantarillado y obras públicas, pero el más grave problema de la ciudad, el responsable de que no hubiera "...*nada bien constituido...*" no parecía tener solución definitiva, ni a corto, ni a largo plazo.

Este problema fue el de la existencia de un malsano clima de apatía similar al que reinaba en buena parte de la vida nacional desde el siglo anterior y más aún desde la pérdida de las últimas colonias. Su traducción en Talavera es a grandes rasgos válida para el resto del país: las clases dirigentes se negaban a invertir su dinero en mejorar el bajo nivel de vida, prefiriendo conservar aquél antes que arriesgarse a perderlo en proyectos útiles pero de resultados siempre inciertos a causa de la mala situación económica. El grueso de la población, es decir, las clases humildes, se resignaba mientras a *ir tirando* con trabajos eventuales muy mal pagados que anulaban casi todas sus posibilidades de ascenso social, obligándolos no pocas veces a acudir a la Beneficencia pública.

La vida cultural de Talavera reflejaba también claros síntomas de adormilamiento. A la educación, bastante descuidada hasta finales de los años 20, se añadía un ambiente artístico y literario anquilosado y reducido a ciertas actividades en los sindicatos obreros, conferencias de eruditos locales y nacionales (promovidas, entre otros, por la sociedad El Bloque) y a muy contadas iniciativas particulares.

2. En ocasiones estos incidentes se prodigaban tanto y eran de tal calibre que algún periodista comparó irónicamente los plenos con una sesión de cine.

3. *Vida Nueva*. Talavera de la Reina, Mayo de 1923.

Solamente la música escapó a tan poco animado ambiente gracias a los conciertos de la Banda Municipal, que gozaban de gran aceptación.

En contraste con lo descrito, hay que resaltar los muchos festejos que se celebraban en Talavera, acompañados de todo tipo de distracciones que por unos momentos hacían olvidar el duro régimen de vida del grueso de la población. No había fiesta donde no tuvieran sitio las más variopintas actividades lúdicas y por ello la ciudad adquirió en la comarca cierta fama de ser propensa al regocijo.

A principios de siglo las distracciones preferidas de los talaveranos fueron los bailes, los conciertos de música, el teatro y los toros. El cine tardaría unos pocos años en imponerse, pero desde el principio se ganó el favor popular proporcionando a los menos favorecidos dos elementos (la fantasía y la ensoñación) capaces de mostrarles que había otros mundos y formas de vida no tan anodinas como la realidad diaria.

LOS ORÍGENES DEL CINE EN TALAVERA Y LOS PRIMEROS CINEMATÓGRAFOS:

Como bien es sabido, el cinematógrafo hizo su aparición en España de la mano de Alexander Promio, operador al servicio de los hermanos Lumière, que en mayo de 1896 presentó el nuevo invento en los bajos del Hotel de Rusia, en la madrileña Carrera de San Jerónimo.

Los Lumière mantenían correspondencia comercial con D. Juan Ruiz de Luna Rojas, fundador años más tarde del famoso estudio que recuperaría para Talavera su antigua tradición ceramista. Por aquellos años Ruiz de Luna regentaba un estudio fotográfico en la plaza de Aravaca y había adquirido un gran prestigio en esta actividad como profesional. No se conocen las circunstancias exactas, pero lo cierto es que cuando sus proveedores de material, los Lumière, obtuvieron las primeras imágenes en movimiento, éstos le propusieron la exclusiva para promocionar el cinematógrafo en Cataluña. La atractiva oferta interesó muchísimo a Ruiz de Luna; mas para la compra del equipo que iba a necesitar solicitó un préstamo de diez mil pesetas que nunca le fue concedido, por lo que el fotógrafo talaverano terminó desentendiéndose del negocio. Así se ponía fin a una aventura que quizás hubiese hecho de Talavera uno de los centros más importantes del primer cine español.

Aparte este episodio, cuya cronología exacta se desconoce, la historia del cine en Talavera tiene como punto de partida la noche del 21 de octubre de 1897. En esta fecha el Teatro Calderón mostró por

vez primera el Cinematógrafo Lumière ante el público de la localidad. No se tiene noticia alguna de quién lo trajo, ni de las películas que se exhibieron, aunque por la cercanía de las fechas cabe pensar que vino de la mano de la compañía teatral del actor Francisco Mercé, que exhibió por vez primera el cinematógrafo en Toledo entre los días 1 y 14 de igual mes y año.

La prensa toledana dio buena cuenta del acontecimiento; y así, el 2 de octubre *El Día de Toledo* informó que, entre otras, se presentaron las conocidas películas *El jardinero sorprendido*, *Demolición de un muro* y *Batalla de nieve*⁴. También asegura que se proyectaron algunas vistas de Toledo. Dado que las primeras cámaras eran capaces no sólo de proyectar cintas, sino también de imprimirlas, es muy posible que la primera función de cine en Talavera contase con alguna vista de la ciudad, hoy perdida o, en el mejor de los casos, no localizada.

Tras este punto de arranque, carecemos totalmente de noticias sobre nuevas exhibiciones a lo largo de los ocho años siguientes, aunque, según lo deducido de la prensa posterior, es probable que se limitaran a las que ofrecían empresarios ambulantes en el recinto del Salón del Prado en barracas instaladas de forma provisional durante las ferias de mayo y septiembre, pues durante toda la temporada de 1905 y buena parte de la de 1906 ninguno de los dos teatros talaveranos, el Cervantes y el Calderón, anunciaron la menor función cinematográfica.

El primer local de proyección de que se tiene noticia fue el Cinematógrafo Pinacho, instalado durante la feria de mayo de 1905 en una gran barraca del recinto ferial con gran éxito de público, según el semanario *El Criterio*⁵, que además proporciona los cuatro primeros títulos conocidos que se mostraron en Talavera: *La venganza de unos salvajes*, *Incendio de un teatro*, *Novela de amor* y *Guerra ruso-japonesa*, éstas dos últimas rodadas el año anterior por Lucien Nonguet, operador de la casa francesa Pathé.

En la feria de septiembre apareció el segundo cinematógrafo, ubicado también en una barraca del ferial. Llevaba el nombre de Teatro Mágico y durante los días 21, 22 y 23 del mes citado ofreció variadas funciones mágicas y cinematográficas desde las dos de la tarde hasta las diez de la noche. Aunque no se conocen los títulos

4. *El Día de Toledo*. Toledo, 2 de octubre de 1897, p. 2.

5. *El Criterio*. Talavera, 20 de Mayo de 1905, p. 1.

exhibidos sí se destaca que fueron presenciados por numeroso público.

EL CINEMATÓGRAFO UNIVERSAL

Habría que esperar hasta la feria de mayo de 1906 para que por fin Talavera contase con un local de películas permanente durante una temporada más larga de lo normal: ese fue el Cinematógrafo Universal, instalado a comienzos de mes a la entrada del Paseo del Prado, a mano izquierda, y perteneciente a un tal Señor Reizábal. El sonado éxito que obtuvo durante la feria y quizás la obstinada reticencia de los dos teatros de la ciudad a exhibir cine, animaron a este empresario a quedarse después de los festejos, pero no es descartable que llegara ya con esa idea preconcebida.

Durante los meses de mayo a septiembre el Universal abrió sus puertas de siete de la tarde a once de la noche. La entrada costaba al principio 40 céntimos la localidad de preferencia, y 25 la general, pero los llenos diarios permitieron a Reizábal bajar dichos precios y durante todo el verano se cobró la preferencia a 25 céntimos y la general a 15.

Cada sesión (o sección, como entonces se decía) duraba unos veinte o treinta minutos y constaba de un máximo de cuatro películas, a veces cinco. Los estrenos se verificaban por lo común en sábado, domingo y lunes. Las cintas permanecían en cartel una semana o más, si eran del agrado del público.

El nuevo cinematógrafo resultó ser una amena distracción para quienes, como todos los veranos, utilizaban el Paseo del Prado para pasar las primeras horas de la noche aprovechando la agradable temperatura reinante. El periódico *El Criterio* no sólo destacó esto repetidas veces, sino que además su director, Manuel Ginestal, describió el Universal en un curioso artículo con estos términos: "*Desde lejos se vislumbra el barracón azulado, cuyo potente foco voltaico de la portada oscila en parpadeos isócronos como muchas estrellitas del cielo, requiebrando su luz plateada en la hojarasca verdosa de dos corpulentos árboles que se yerguen a su frente (...). Dentro de esta barraca azulada que ostenta un letrero que dice: "Cinematógrafo Universal", se exhiben las películas más atractivas que la ciencia de la fotografía ha logrado obtener (...). Fuera, mientras tanto, se aglomera otra multitud no muy compacta, que, acercándose a la taquilla del vestíbulo, va comprando "entradas" para la sesión próxima (...)*".

Al terminar la feria de septiembre, repitiendo el éxito de mayo, Reizábal trasladó su espectáculo al Teatro Cervantes, pero

combinándolo con números de *varietés*, práctica muy corriente entre los empresarios de cine durante los años del mudo y con la cual compensaban los elevados gastos que debían afrontar⁶. El traslado obligó también a un alza en los precios de las entradas, cobrándose la general a 20 cts. y la butaca a 50, lo que no impidió que durante toda la temporada de invierno se cosechasen unos llenos que no se conocían desde hacía tiempo en los teatros talaveranos, famosos hasta entonces por sus mediocres funciones y la escasa concurrencia de público. De aquí que a más de uno extrañó la decisión que tomó Reizábal a finales de noviembre de marchar de Talavera para seguir exhibiendo el negocio en Plasencia, no sin antes celebrar una última función el día 9 de diciembre.

No por ello el Cervantes se quedó sin cinematógrafo, pues se sabe que al menos durante el resto del mes se exhibieron películas todos los domingos, combinadas con las habituales variedades.

LOS CINEMATÓGRAFOS DEL SALÓN DEL PRADO

Hasta el año 1909 no volveremos a tener noticias sobre cinematógrafos, aunque para entonces las películas ya se habían convertido en uno de los pasatiempos preferidos del público talaverano. Los dos teatros de la ciudad, el Calderón y el Cervantes, ofrecían cine y *varietés* aún de forma muy esporádica, en tanto que las barracas del Salón del Prado proyectaban solamente cine⁷.

Además el cinematógrafo no faltaba cada año a su cita con las ferias de mayo y septiembre, si bien ya no lo traían empresarios ambulantes, sino vecinos de la ciudad con suficiente poder adquisitivo como para organizar sesiones al aire libre en el ferial o en el Prado durante los días de fiesta. Los primeros de nombre conocido son los hermanos

6. Para que el lector se haga una idea de en qué consistían estas sesiones de "cine y *varietés*", baste dar a conocer cuál fue el programa de inauguración de temporada en el Cervantes el 14 de octubre de 1906: comenzó con una sinfonía a cargo de la orquesta del coliseo y a continuación se exhibió la película *Gato tenaz*. Después actuó el Niño de Triana, un cantaor andaluz. Tras él se proyectaron las cintas *Sueño del pescador de caña* y *Brujo árabe*. A continuación actuó un ventrílocuo llamado Señor Cebrián y la velada finalizó con la película en color *Transformaciones chinas*.

7. El Salón del Prado era un recinto de los Jardines del Prado cercano a la Plaza de Toros donde se celebraban toda clase de espectáculos. Hoy día es vivero municipal.

8. Archivo Municipal de Talavera. Secretaría. Obras y Urbanismo. Licencias de obras particulares (1910-1924). Año 1911.

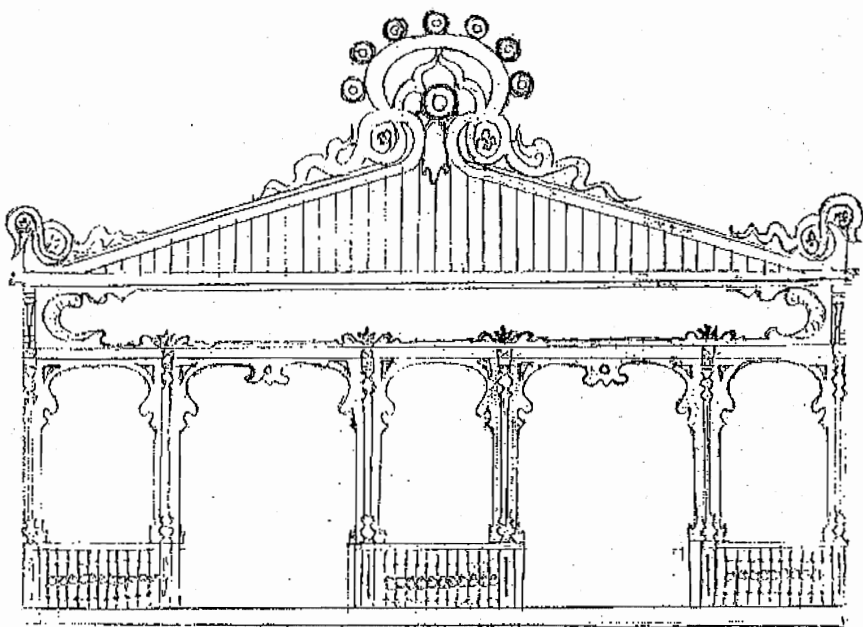
Miguel y José González Esteban, que en la feria de mayo de 1909 ofrecieron tres funciones (una por noche) de dos a tres horas de duración en la Glorieta del Salón del Prado, corriendo el Ayuntamiento con el coste de la instalación de la caseta del operador.

No obstante cada vez se estaba haciendo más necesario acabar con el nomadismo del negocio para salvarlo del descrédito en que estaba cayendo por el ambiente netamente popular en que se desenvolvía, responsable de que los círculos sociales más selectos se alejasen de él. La solución más acertada fue instalarlo en locales fijos: teatros o, en su defecto, barracas de formas arquitectónicas algo más cuidadas que las cuatro tablas mal avenidas que se llevaban hasta entonces. En Talavera pudo ponerse en práctica dicha solución gracias a dos factores esenciales: que los empresarios teatrales diesen por fin visto bueno al cinematógrafo, huyendo de recelos pasados, y que las barracas y sesiones al aire libre ya no fuesen promovidas por forasteros, sino por vecinos de la ciudad más o menos adinerados.

Así, el segundo cinematógrafo permanente conocido fue una barraca instalada a la derecha del Salón del Prado, propiedad de un vecino llamado Juan García Padilla. A finales de septiembre de 1910, y por razones desconocidas, este empresario trasladó el local a la Plaza de la Trinidad, donde comenzó a funcionar el día 8 de octubre siguiente con una sesión a beneficio de los pobres de la ciudad. Sin embargo el negocio no fue por esta vez rentable y los beneficios escasearon tanto que el 15 de enero de 1911 García Padilla solicitó al Ayuntamiento permiso para trasladar el barracón otra vez a su emplazamiento original a cambio del pago de 100 pesetas como indemnización por ocupar vía pública, petición que se le aceptó.

El mismo día, los vecinos Casimiro González y Cándido García solicitaron también permiso al Ayuntamiento para instalar otra barraca de cinematógrafo enfrente de la anterior (es decir, en el lado izquierdo del Salón del Prado) con la intención de comenzar a exhibir películas desde el 1 de mayo siguiente y por espacio de seis años. La Corporación aprobó la propuesta con las condiciones de que los interesados abonasen al fondo municipal 100 pesetas por cada uno de los dichos seis años en concepto de indemnización por ocupación de vía pública y que el perito municipal inspeccionara las obras a su término para comprobar si reunían las condiciones de seguridad establecidas por la ley.

Sabemos cómo era este cinematógrafo gracias a los planos de su planta y fachada y a la descripción que proporciona el informe del perito que lo inspeccionó⁸. Las obras se terminaron el 22 de abril de 1911, y fueron reconocidas una semana después.

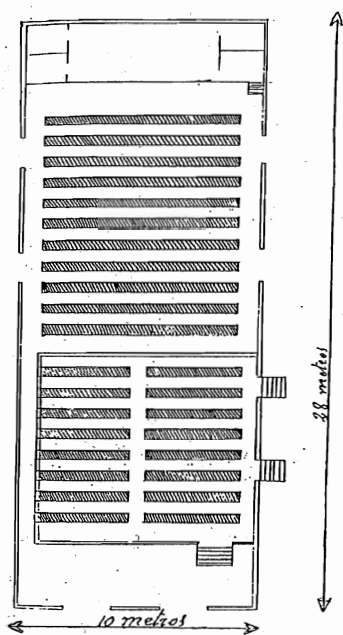


Fachada de la barraca cinematográfica instalada en el Salón del Prado 1911. Fuente: A.M.T^a. Secretaría. Obras y urbanismo. Licencia obras particulares (1910-1924). Sig. 6.688

El edificio era una barraca de planta rectangular construida enteramente con madera, que medía 10 metros de fachada por 28 de fondo. El tejado, a dos aguas, era de chapas de hierro acanalado sustentadas por cuchillas triangulares de madera forrada con lienzo y el suelo estaba entarimado con listón del Norte. El exterior de la barraca estaba pintado al óleo.

El interior tenía tres departamentos: en el anterior se hallaban el vestíbulo y la cabina del operador; en la parte del centro estaba el patio de butacas, con 250 localidades y diecinueve filas de asientos (once de entrada general y ocho de preferencia elevadas del resto mediante un entarimado). El departamento posterior comprendía la pantalla y, detrás de ella, tres pequeñas habitaciones para fines diversos. La ventilación del conjunto estaba asegurada por medio de ventiladores en el techo y montantes en las puertas.

La fachada, de elegante traza, estaba decorada al estilo modernista, como la mayoría de los cines de la época, y tenía dos puertas, una de entrada y otra de salida. Las fachadas longitudinales contaban también con varias puertas de salida. En conjunto la obra estaba hecha con una solidez alejada de los obsoletos barracones provisio-



Planta de la barraca

nales y pese a no reunir ciertas condiciones (faltaba dotarla de un sistema contra incendios), la necesidad de no lesionar los intereses de los empresarios y de no privar al público de un espectáculo que venía reclamando locales estables, hicieron que el nuevo cinematógrafo pasase sin problemas la inspección y comenzara a ser explotado a partir del 1 de mayo, como estaba previsto.

La barraca de Juan García Padilla desapareció muy poco tiempo después, quizás a principios de 1912 o incluso antes. En cuanto a la de Casimiro González y Cándido García nada se sabe de su posterior andadura, ni la fecha en que se dismanteló, ni siquiera uno sólo de los títulos que exhibió.

EL CINE EN LOS TEATROS TALAVERANOS: EL CALDERÓN, EL CERVANTES Y EL VICTORIA

Tampoco se sabe hasta qué fecha siguió proyectándose cine en las barracas del Salón del Prado. Lo que sí es seguro es que éstas (si hubo más que las descritas) ya no funcionaban en la década de los veinte. Y ello porque el cine, consolidado ya como espectáculo permanente, había dejado atrás sus humildes orígenes para instalarse de forma definitiva en los teatros talaveranos.

La ciudad poseyó en los primeros años del siglo tres teatros: los dos más antiguos, el Cervantes y el Calderón, en realidad sólo habían comenzado a funcionar a finales del XIX. El Calderón estaba instalado en un antiguo convento de frailes Franciscanos sito en la Plaza de los Descalzos, y el Cervantes, que estaba en la Plaza de San Agustín, se habilitó en 1886 aprovechando el edificio de otro ex-convento perteneciente a la orden de los agustinos.

A ellos se unió más adelante el Teatro Victoria, el único que funciona hoy todavía. Comenzó a edificarse en 1912 sobre el solar del antiguo Teatro Principal por iniciativa de D. Miguel Fernández Santamaría, uno de los personajes más importantes de la burguesía

talaverana⁹, y siguiendo planos del arquitecto V. Sáenz Vallejo. El conjunto se inauguró el día 7 de mayo de 1914 y su importancia fue decisiva para mejorar la poco brillante escena teatral de Talavera.

Hasta la aparición del Victoria los teatros Calderón y Cervantes no gozaban, en efecto, de una existencia gloriosa. Sus dueños mantenían una enconada enemistad más allá de la mera competencia profesional y el público que acudía a ellos no se distinguía precisamente por su buen comportamiento. Los alborotos eran continuos, especialmente cuando los números u obras representadas eran malos o de naturaleza picante (*sicaléptica*, se decía entonces). La prensa y no pocos vecinos censuraron hasta el cansancio los malos modales procedentes sobre todo de los gallineros, desde donde no faltaba quien impunemente se *entretentía* tirando objetos al patio de butacas. Todo ello obligó al Ayuntamiento a mantener en los dos coliseos un retén de la Policía Municipal que velara por el buen orden de las representaciones.

Tanto las obras como las compañías contratadas por ambos eran más bien mediocres, cosa que mereció no sólo duras críticas, sino también la escasa concurrencia del público, menor todavía durante el verano debido al intenso calor de las salas y a que la mayoría de la gente estaba en el período de más actividad en las faenas agrícolas. De aquí que, visto el éxito del Cinematógrafo Universal en el Cervantes, sus dueños y los del Calderón considerasen la posibilidad de incluir con mayor frecuencia funciones de cine para compensar las cuantiosas sumas de dinero que perdían, bien ofreciendo sólo películas, o más frecuentemente alternándolas con varietés.

Más consciente de los gustos del público (también es cierto que a principios de siglo el futuro del cine era mucho más incierto que en 1914, cuando ya constituía un negocio estable y próspero a nivel mundial), el Teatro Victoria no tardó en exhibir cine al poco tiempo de su inauguración, para apuntarse no mucho después a la moda del *cine y varietés*, si bien aportó, como dijimos antes, una mayor calidad a las representaciones contratando compañías teatrales y artistas de variedades de primera categoría y exhibiendo películas de reconocido prestigio, dando fin de esta manera a la que parecía inacabable pugna entre el Cervantes y el Calderón.

9. Debía la ciudad a este hombre de negocios y a su hermano Vicente contar desde 1887 con un suministro permanente de energía eléctrica y años después con otro de agua potable. Benito Díaz les señala también en su libro *"Talavera de la Reina durante la Restauración"* (página 198) como los que introdujeron el cinematógrafo en la ciudad de forma estable y permanente, aunque no explica las circunstancias concretas de este hecho.

Las capacidades de los tres teatros eran las siguientes: el Cervantes disponía en 1909 de doce palcos, 191 butacas, once delanteras de anfiteatro y 159 entradas generales; por su parte el Calderón tenía catorce palcos, 225 butacas, 52 delanteras y gradas y 120 entradas generales¹⁰. El Victoria disfrutó de un aforo algo mayor que aquéllos juntos: 60 entradas de platea, otras 60 de palco principal, 276 butacas de patio, 72 de anfiteatro principal, 22 delanteras de anfiteatro de segunda, 56 de entrepalco de segunda y 250 entradas generales.

LOS AÑOS VEINTE, LOS CINES DE VERANO Y OTROS LOCALES DE PROYECCIÓN

En la última década del mudo, el cine ganó terreno por encima de otros espectáculos, sobre todo el teatro; hasta tal punto que el Cervantes dejó de funcionar en fecha desconocida y el Calderón se convirtió en cine a partir del 1 de enero de 1925¹¹. Sólo el Victoria continuó alternando cine y teatro, pero cada vez más del primero que del segundo.

Como de costumbre, los dos recintos eran explotados de dos formas: directamente por sus dueños o bien arrendándolos a particulares, empresas del mundo del espectáculo o distribuidoras cinematográficas madrileñas. Se conocen los nombres de algunos de estos arrendatarios, pero el más documentado es el señor D. Pedro de Miguel, que al menos entre 1927 y 1930 se hizo cargo del cine Calderón y el Teatro Victoria.

Ambos locales ofrecían dos funciones: una de tarde y otra de noche. Las películas se estrenaban en domingo y en ningún caso pasaban más de una semana en cartel. También había estrenos otros días: los jueves en el Calderón y los sábados en el Victoria. En éste último las películas se alternaban con números de variedades los domingos y festivos y además las amenizaba una pequeña orquesta dirigida por el Maestro Eusebio Rubalcaba. Durante las ferias de mayo y septiembre el Calderón ofrecía cine y el Victoria teatro a cargo de prestigiosas compañías.

El precio de las entradas varió con los años. En 1925 el cine Calderón cobraba la entrada más cara (la de palco principal) a dos

10. *La Ribera del Tajo*. Talavera, 4 de Diciembre de 1909.

11. La iniciativa partió del nuevo arrendador del Calderón, D. Segundo Lor Notario, que para anunciar las proyecciones había instalado además un cartel luminoso en la Plaza del Reloj y una cartelera en la Calle de San Francisco.

pesetas, la butaca a 50 céntimos y la entrada general a 25. Los precios en el Victoria llegaron a encarecerse hasta el abuso, denunciado en la prensa, de cobrar una entrada corriente como la de butaca a 2 pesetas durante la temporada 1928-29, el equivalente poco menos al jornal de un día de trabajo, pero en la temporada siguiente el empresario De Miguel se vio obligado a rebajar dicho precio a la mitad para atraerse a un público que sospechaba podíadarle con facilidad la espalda por razones que se verán más adelante.

La temporada daba comienzo a primeros de septiembre y terminaba a finales de junio. Entre 1920 y 1924 Talavera se quedó sin cine durante el verano¹², pero desde 1925 contó de nuevo con uno al aire libre, instalado en el Paseo del Prado. El Ayuntamiento se hizo cargo algún año de los gastos de instalación de dicho cine, no excesivos por otra parte, ya que sólo hacían falta una pantalla, la cabina del operador y sillas. En otras ocasiones la Corporación arrendaba las sillas y el solar a particulares, a cambio de una cantidad prefijada. El espectáculo era muy concurrido, en especial cuando la entrada era gratis por correr el Ayuntamiento con todos los gastos.

Los cines estivales tampoco se libraron de la mala educación y el vandalismo de algunos espectadores, que no contentos con apedrear al público al amparo de la oscuridad (como se denunció en el verano de 1929), también se llevaban las sillas de los paseos o voceaban en mitad de la proyección.

Aparte los modales de cierta gente, el gran problema de los cines y teatros talaveranos fue el de sus inexistentes condiciones de seguridad, ya denunciadas en 1912¹³. Quince años más tarde, en 1927, el teatro Victoria padecía las mismas carencias, pese a ser de reciente construcción. Un informe practicado en noviembre de aquel año señalaba la falta de depósitos de agua y sistemas de alarma, junto con la existencia de dos bocas de riego inservibles. Pero los mayores riesgos procedían del sistema de calefacción, a base de estufas de

12. Con anterioridad se sabe que en junio de 1919 fue inaugurado un cine de verano en la Plaza de Toros. Las localidades de preferencia estaban en el albero de la plaza (donde se instaló un bar con mesas y veladores), las de general en los tendidos 1 a 8 y como localidades intermedias se utilizaron los palcos y gradas. Las funciones se verificaban jueves y domingos.

13. Según inspección ordenada por el Ayuntamiento el 16 de Diciembre de dicho año, ni el teatro Cervantes, ni el Calderón, ni el cinematógrafo del Salón del Prado contaban con una sola de las medidas antiincendios previstas por la legislación vigente.

leña, y del mal estado de la cabina de proyecciones, algunos de cuyos conductores estaban al descubierto.

Por toda solución la empresa montó un sistema de alarma y suprimió las estufas de leña; pero una segunda inspección en febrero de 1928 añadió a la mala colocación de la alarma montada y otras deficiencias que subsistían, las desastrosas condiciones higiénicas de los tres aseos del teatro, pues no eran más que unos cubículos estrechos, sin ventilación ni agua corriente. Todo ello hizo que el Ayuntamiento interviniera apremiando al empresario D. Pedro de Miguel para que hiciese las reformas indicadas en las inspecciones so pena de clausurar el teatro. Las reformas se hicieron rápidamente y el Victoria pudo funcionar ya a principios de marzo con normalidad.

Meses después, De Miguel debió afrontar las consecuencias de la supresión de las estufas y de su negativa a instalar calefacción central alegando que le quedaban pocos meses para la explotación del Victoria y que no podría resarcirse de los cuantiosos gastos de la obra practicada: las quejas por el intenso frío soportado en el teatro fueron denunciadas repetidas veces por el semanario liberal *El Heraldo de Talavera*, lo que provocó un pequeño conflicto entre periódico y empresario¹⁴. Mientras tanto, el público combatía el frío llevándose braseros a las funciones o ausentándose de ellas cuando eran de poco interés.

La polémica terminó en mayo de 1929, cuando al señor De Miguel le fue renovado por tiempo indefinido el arriendo del Calderón y el Victoria, lo cual le permitió acometer por fin las reformas exigidas, dotando a ambos de calefacción central, telones metálicos contra incendios, decorados nuevos y más elegantes y butacas más cómodas, inaugurándose todo a finales de octubre del año citado¹⁵.

Todavía conocería Talavera otro cinematógrafo antes de llegar el sonoro: se trata del Monumental Moya, llamado así por el nombre de su propietario, D. Julio García Moya, un fabricante de hielo que había sido alcalde de la ciudad y varias veces concejal del Ayuntamiento. Emplazado en el lugar que ocupó el convento de San Agustín y ex-

14. *El Heraldo de Talavera*. Números 14-17. Diciembre de 1928. Las consecuencias de la polémica fueron que durante el medio año siguiente D. Pedro de Miguel se negó a enviar al periódico la publicidad sobre estrenos cinematográficos que habitualmente publicaba aquél.

15. El 2 de noviembre de 1929 *El Heraldo de Talavera* zanjó de forma definitiva la cuestión felicitando caballerosamente a D. Pedro de Miguel por la inauguración de la calefacción central del Victoria.

teatro Cervantes, derruido a tal efecto, las crónicas de la época lo describen como un salón al aire libre, dedicado a cinematógrafo de verano, con capacidad para más de mil espectadores, bien decorado y muy amplio. Su inauguración tuvo lugar el 2 de agosto de 1930, actuando la Banda Municipal y proyectándose la película española *La copla andaluza* (1928).

Contrariamente a lo previsto, el Monumental Moya no fue un negocio redondo. Vista la competencia que podía suponer, el teatro Victoria abrió sus puertas durante todo el verano por vez primera, rebajando el precio de las localidades y mejorando la calidad de las películas y variedades exhibidas. Como consecuencia el público llenaba el Victoria a diario, dejando a un lado el nuevo cine, que probablemente cerró a los pocos meses de su inauguración¹⁶.

Fuera del ámbito de los teatros y cines sólo se conocen dos lugares donde se proyectaron películas en Talavera durante los años veinte: los locales de la Juventud Católica en 1928 y la Fundación Santander, sociedad benéfica que también por iniciativa de la Juventud Católica celebró un par de veladas teatrales y cinematográficas a primeros de 1930 con gran éxito¹⁷.

LAS PELÍCULAS

Gracias a la prensa talaverana que ha llegado a nuestros días, hemos podido recopilar más de ciento treinta títulos estrenados en Talavera durante el cine mudo, la mayor parte correspondientes a dos períodos alejados en el tiempo: 1905-06 y 1924-30, lo que permite conocer los géneros preferidos del público en cada época.

El cine francés dominó claramente las pantallas talaveranas a comienzos de siglo, siendo mínimas las restantes aportaciones. Casi todos los títulos identificados pertenecen a la productora Pathé Films y los géneros en apogeo son tres: las películas cómicas y de trucajes, las de asunto realista y los documentales y actualidades reconstruidas. En el primer caso hemos podido identificar dos films de Georges Méliès (*El palacio de las mil y una noches* y *El Kake-Walk*) y algunos de Segundo de Chomón, entre ellos *La gallina de los huevos de oro*, *Brujo árabe* y *Hada de las palomas*.

Entre los films realistas destacan dos conocidas obras de Ferdinand Zecca: *La Huelga* y *El país del carbón*; entre los documentales verídicos

16. Posteriormente se construyó en el mismo lugar el llamado cine del Palenque, inaugurado en julio de 1933.

17. *El Castellano en Talavera*: Números 215, 277, 278 y 282.

hay títulos como *Surtidores de Versalles* o *Boda de Su Majestad Alfonso XIII*, que fue uno de los mayores éxitos del Cinematógrafo Universal. La serie sobre la *Guerra ruso-japonesa* era en realidad un noticiero reconstruido que dirigió Lucien Nonguet con soldados del cuartel francés de Vincennes haciendo de japoneses.

La aportación inglesa se reduce a dos cintas cuyos argumentos describe Manuel Ginestal en su artículo de *El Criterio*. *Historia de un naufrago* está claramente inspirada en el poema de Tennyson "*Enoch Arden*", que pocos años después trasladaría Griffith a la pantalla al menos en dos ocasiones. En cuanto a *Niña salvada por su perro* es la célebre *Rescued by Rover*, rodada en 1905 por Cecil Hepworth y uno de los films más importantes del primer cine inglés. Estrenadas ambas en mayo de 1906 conocieron tal éxito que se repusieron al mes siguiente. Solamente se conoce un título español: *El Carnaval de Niza en 1906*, co-dirigido por Alberto Marro y Ricardo de Baños.

Las películas duraban entre dos y veinte minutos, siendo consideradas éstas últimas como de larga duración. Un gran aliciente para el público eran las películas en colores, pintadas a mano sobre todo en los talleres de la casa Pathé. Entre otros títulos en color estrenados en Talavera destacan *El cofrecillo del Rajah*, con trucos de Segundo de Chomón, y *El diablo en el convento*.

Manuel Ginestal destacó la gran afición del público por las películas *impresionables*, es decir, las terroríficas o de asuntos macabros, consideradas de mal gusto en aquella época, pero desde luego inofensivas si se comparan con algunas producciones actuales¹⁸.

Son muy pocos los títulos conocidos que se estrenaron en los años 10, pero muestran a las claras el giro que dio el cine en la nueva década. Predominan los grandes espectáculos épicos del cine italiano (*Quo vadis* y *Marco Antonio y Cleopatra*, estrenadas ambas en el Teatro Victoria en 1915) y cintas cómicas como *La suerte de Salustiano* (interpretada por el francés Charles Prince). Sin embargo fueron las películas por episodios, protagonizadas por personajes como Eddie Polo o Judex, las que entre 1915 y 1920 ocupan la mayoría de las sesiones. Entre los seriales de título conocido destacan el americano *La sortija fatal* (1917), interpretado por Pearl White, especialista en este tipo de films, y *El vencedor de Fantomas*, posiblemente una

18. Escribe el director de *El Criterio*: "He notado cómo [el pueblo] *prefiere los hechos expuestos, temibles, miedosos; predilección nacida de su carácter eminentemente fantástico, ilusionista, gustoso de fuertes sensaciones que le embarguen el corazón y le atenacen los sentidos*".

película francesa inspirada en el personaje que René Navarre interpretó a las órdenes de Louis Feuillade.

Durante los años veinte el cine norteamericano invadió casi por completo las pantallas talaveranas. La mayor parte de los títulos conocidos proceden de Hollywood y el resto son, por orden, españoles y franceses. El cine de género era el preferido del público, sobre todo las comedias, films de aventuras, westerns y dramas románticos. La calidad oscilaba entre reconocidas obras maestras de la Historia del cine como *El séptimo cielo*, de Frank Borzage, o *Amanecer*, de Murnau, y westerns de serie B como *El jinete explorador*.

Los grandes mitos del cine mudo encontraron también su lugar en las pantallas del Calderón y el Victoria. Aquél proyectó películas de Raquel Meller (*La tierra prometida*), Max Linder (*Domador por amor*) o Jackie Coogan (*La orfandad de Chiquilín*). En el Victoria fueron admirados actores como Douglas Fairbanks (*El gaucho*), Greta Garbo (*El demonio y la carne*), Lon Chaney (*El sargento Malacara*) o Gary Cooper (*Beau Sabreur*). No faltaron tampoco los grandes cómicos, como Buster Keaton (*El comparsa*), Harold Lloyd (*El hermanito*), Roscoe Arbuckle (*Fatty y los globos*) o, por supuesto, Charlot (*El circo*).

El cine español, dentro de sus aún grandes limitaciones, conoció cierto auge durante estos años. Los nombres de las películas estrenadas no dan lugar a dudas sobre los géneros que predominaban en él: por un lado adaptaciones literarias (*El abuelo*, de José Buchs, *Los intereses creados*, de Jacinto Benavente); por otro sainetes y españoladas varias (*La medalla del torero*, también de Buchs y *Flor de España*, de Jose María Granada). Títulos hubo cuyo éxito superó incluso a las más cuidadas producciones de Hollywood, como la primera versión de *Noblexa baturra* (1925)¹⁹, quizás el film español más taquillero del período mudo.

¿Se llegaron a rodar películas en Talavera durante el cine mudo? Muy pocas, en verdad. Apenas hemos podido localizar cinco títulos, cuatro de ellos relacionados con la muerte del torero Joselito en mayo de 1920, suceso que conmocionó no sólo a la ciudad, sino también a toda España.

Rafael Salvador, director y productor cuya especialidad eran los documentales de tema taurino, filmó en directo la cornada que

19. Esta película se presentó en el Cine Calderón el 3 de abril de 1926 con el acompañamiento de un cuadro folklórico aragonés que tocaba y cantaba jotas durante la proyección y también ejecutaba bailes durante los entreactos.

terminó con la vida de Joselito y poco después editó una película dedicada a su memoria titulada *Cogida y muerte de Gallito o la tragedia de Talavera* (1920), según guión del escritor madrileño Pedro de Répide y montaje del pionero Fructuoso Gelabert. La cinta obtuvo un enorme éxito incluso en el extranjero.

Al mismo tiempo, Carlos Viñas Sagarra, empresario y dueño de algunos de los cines más importantes de Madrid, produjo *La vida de Joselito y su muerte*, rodada en Gelves (lugar de nacimiento del torero fallecido), Talavera y Sevilla. Los dos títulos restantes son el largometraje *Joselito, la vida y la muerte de un matador*, rodado por José Gaspar, uno de los cámaras más conocidos de la época, y *La muerte de Joselito*, medimetro del operador Juan Oliva.

La película restante es un documental inédito hasta ahora cuya existencia hemos conocido por un artículo de *El Castellano en Talavera*²⁰. Fue producido y rodado por la empresa madrileña "S. A. Cinematográfica Ibérica", concesionaria del cine Calderón, el 4 de noviembre de 1925. Constaba de dos partes: en la primera se hacía un resumen de lo más saliente que Talavera tenía en arte, industrias, comercio y vida en general. La empresa tenía previsto exhibir esta parte en todos los cines de su propiedad, mientras que la segunda (un concurso para que el público del cine eligiera el hombre más feo y la mujer más guapa de entre veinticinco señoritas y veinticinco caballeros escogidos para posar ante la cámara) se exhibiría, obviamente, sólo en Talavera. La cinta, titulada como *La película de Talavera*, se estrenó en el cine Calderón el 12 de noviembre de 1925 y es muy posible que, por desgracia, se haya perdido.

LAS ACTITUDES DEL PÚBLICO Y DE LA CRÍTICA

Desde que dio sus primeros pasos, el éxito del cine transformó radicalmente muchos usos y costumbres en todas partes, y Talavera no fue una excepción. Aunque al principio contó con la reticencia de las clases sociales mejor situadas, en los años veinte se convirtió en patrimonio de todos los estamentos de la sociedad talaverana. Así lo dice un ilustre testigo de la época: "*En las tardes -sobre todo invernales- de los domingos y días de fiesta, ir al cine en el teatro Victoria constituía el remate afortunado de una jornada completa de descanso*"²¹.

20. *El Castellano en Talavera*: Número 60, 4 de Nov. de 1925, p. 2.

21. Ramón López Barrantes: Talavera hace cincuenta años. El cine y la radio. *La Voz de Talavera*. 17 de Diciembre de 1969, p. 10.

Como ya dijimos al principio, las películas aportaron ensoñación a una sociedad provinciana, donde la ignorancia, el desinterés y un ambiente cultural sin vida eran moneda corriente. A través del cine podían conocerse otros mundos y maneras de vivir diferentes de aquéllas, duramente castigadas por la desidia o por la miseria más o menos extrema. Por otra parte los niños, que a finales de los años 20 formaban buena parte de la entrada en los teatros, hallaban en el cine un buen estímulo para la imaginación que luego aplicaban a sus juegos e incluso a su forma de pensar.

Si el público de Talavera se volcó desde el principio con el nuevo espectáculo, no puede decirse lo mismo de la crítica local, cuyo pensamiento sólo era reflejo del profundo desdén que la intelectualidad española sentía por el séptimo arte salvo casos excepcionales²². Todos eran en realidad críticos de teatro, que frente a una atracción nacida en el ámbito de las barracas de feria y que tardaría unos años en dar muestras de valor artístico, oponían el viejo arte del escenario, consagrado como tal hacía siglos y merecedor del respeto de todas las clases sociales. Así pues, no es de extrañar que ninguno de ellos intentase el menor atisbo de crítica cinematográfica en el sentido estricto del término, porque se enfrentaban a un medio que no les merecía excesiva consideración.

Cuando, por ejemplo, tenían que comentar la típica función de cine y *varietés*, el grueso de sus artículos lo dedicaban a éstas (aunque fuesen de mala calidad), despachando la parte cinematográfica con frases recurrentes del tipo “*Se exhibieron bonitas cintas*”, “*preciosas películas*”, etc. No faltó crítico que, pese a no coincidir con el gusto de la mayoría, se quejó públicamente de que el público talaverano sintiese más afición al cine que al teatro o a la música. Y lo peor es que no les faltaba su parte de razón. Gregorio de los Ríos, que a mediados de los años 20 escribía las crónicas de espectáculos de *El Castellano en Talavera*, reflejó en cierta ocasión cómo el gusto popular por el cine y las variedades era tan exagerado que cuando el Teatro Victoria ofreció unos conciertos de música clásica a igual precio que aquéllos, registró tal fracaso de público que le llevó a comentar con amargura

22. No deja de ser paradójico que fuesen precisamente dos autores de teatro (el arte más amenazado por el cinematógrafo, a decir de muchos) quienes rompieron con ese desprecio general fundando sendas productoras e incluso dirigiendo y actuando en sus propias películas: nos referimos al premio Nóbel Jacinto Benavente y al dramaturgo catalán Adrián Gual.

que "...en Talavera no pueden darse espectáculos que no sean de cine y variedades"²³.

Es curioso que fuese el propio Gregorio de los Ríos el autor de las únicas críticas cinematográficas medianamente extensas que hemos encontrado en la prensa talaverana, correspondientes a las películas *El milagro de Lourdes* (1924), de Julien Duvivier, y *La medalla del torero* (1924), de José Buchs, estrenadas a comienzos de 1925 en el teatro Victoria. Con todo, la razón de destacar ambos títulos no era tanto sus valores cinematográficos como la exaltación panegírica en la primera de unos preceptos morales coincidentes con el ideario católico y ultraconservador de *El Castellano*, y una simple cuestión de apoyo al titubeante cine español en la segunda, aunque Ríos lamentase el carácter de española del film de Buchs²⁴.

LA LLEGADA DEL CINE SONORO

Aunque el cine sonoro llegó por primera vez a España en septiembre de 1929, en Talavera seguirían proyectándose películas mudas unos pocos años más. La novedad del sonido no fue, sin embargo, ignorada, aunque defraudó a quienes pudieron asistir en Madrid a sus primeras exhibiciones, tales como Ramón López Barrantes, que comentaba años más tarde: "*El estreno en Madrid de la primera película sonora El Arca de Noé en el cine Callao no fue alentador. Salimos decepcionados, aturrida la cabeza, con ruidos casi mareantes*"²⁵.

El cine sonoro defraudó en realidad a casi todo el público que en España tuvo la oportunidad de verlo por primera vez. Los aparatos reproductores que requería eran caros, delicados y generalmente ofrecían una calidad de sonido muy deficiente. En poco tiempo dicha calidad mejoró con la importación de nuevos y mejores sistemas, pero económicamente seguían siendo tan caros, o más, que los primeros. Además, la incierta situación política y la crisis económica impedían hacer las inversiones necesarias para modernizar las salas. Así, de las treinta mil que había en España en 1930, sólo eran sonoras cinco: tres en Madrid y dos en Barcelona.

23. *El Castellano en Talavera*: N° 33, 29 de Abril de 1925, p. 2.

24. La crítica de *El milagro de Lourdes* aparece en el número 19 de *El Castellano en Talavera* (21 de enero de 1925) y la de *La medalla del torero* en el número 25 (4 de marzo del mismo año).

25. Ramón López Barrantes, op. cit., p.10. La película EL ARCA DE NOE era una producción norteamericana de tema bíblico parcialmente sonorizada, que dirigió Michael Curtiz en 1928.

La industria cinematográfica nacional quedó en dique seco al llegar el sonido. La falta de estudios y equipos de filmación adaptables al nuevo medio hizo que siguieran rodándose y proyectándose películas mudas, mientras actores y directores se veían obligados a trabajar en Hollywood o en los estudios parisinos de Joinville si querían probar fortuna con el sonoro. La situación se agravó cuando determinadas cinematografías extranjeras aprovecharon aquel largo paréntesis para exportar sus producciones sonoras, muchas de ellas versiones en castellano de grandes éxitos de Hollywood.

No fue hasta 1932 cuando se vio la salida del túnel, propiciada por la estabilización política que supuso la llegada de la República y la creación de los primeros estudios equipados para la realización de cine sonoro: los Orpheu, en Barcelona. Desde entonces hasta 1936, el cine español cobró un nuevo impulso, aunque perpetuando los modelos culturales del mudo, sobre todo el folklorismo y el sainete.

La llegada del cine sonoro a Talavera coincidió con una nueva reforma practicada en los teatros Victoria y Calderón durante el verano de 1932. Ambos abrieron sus puertas en la feria de septiembre de aquel año con nombre nuevo (el Victoria pasó a llamarse teatro Juan de Mariana y el Calderón, teatro Royalty).

Es posible que los dos estuviesen ya equipados con instalaciones sonoras, pero como la costumbre de las ferias era que el Victoria ofreciese teatro y el Calderón cine, fue a éste quien le tocó el honor de estrenar por primera vez una película sonora en Talavera, cuyo nombre no se conoce²⁶.

No es hasta un año más tarde, durante la feria de septiembre de 1933, cuando la prensa recoge los dos primeros títulos conocidos, ambos rodados en Hollywood y estrenados en el teatro Royalty. Se trata del melodrama *Wu-li-chang* (1930) y el musical *Bajo el cielo de Cuba* (1931). La primera, de ambiente oriental, fue protagonizada íntegramente por actores españoles, entre ellos el popular Ernesto Vilches, mientras que la segunda, dirigida por W. S. van Dyke, tuvo como actriz principal a la mexicana Lupe Vélez.

AGUSTÍN DIEZ PÉREZ
Historiador

26. *El Castellano en Talavera*: N° 413. 29 de Septiembre de 1932, p. 2. Una vez más el diario ultraconservador demostraba su escaso aprecio por el cine despachando tan importante noticia en un par de líneas escuetísimas.

BIBLIOGRAFÍA

- CABERO, JUAN ANTONIO: *Historia de la cinematografía española (1896-1949)*. Madrid, Gráficas Cinema, 1949.
- DE LA ESCALERA, MANUEL: *Cuando el cine rompió a hablar*. Madrid, Taurus, 1971.
- DEL CERRO MALAGÓN, RAFAEL: *Arquitecturas y espacios para el ocio en Toledo durante el siglo XIX*. Talavera de la Reina, Premios Ciudad de Toledo, 1990.
- DÍAZ DÍAZ, BENITO: *Talavera de la Reina durante la Restauración (1875-1923). Política, economía y sociedad*. Talavera de la Reina, Editorial Gráficas del Tajo S. L., 1994.
- GINESTAL TEJADA, MANUEL: "Impresiones. Las noches del cinematógrafo". *El Criterio*, N° 82 (Talavera de la Reina, 2-VI-1906), p. 3.
- HURLEY MOLINA, M^a ISABEL: *Talavera y los Ruiz de Luna*. Toledo, IPIET, 1989.
- LÓPEZ BARRANTES, RAMÓN: "Talavera hace 50 años (XXV). El "cine" y la "radio". *La Voz de Talavera (Talavera de la Reina, 17-XII-1969)*, pp. 10-11.
- "Talavera hace 50 años (XLV). El Teatro Victoria". *La Voz de Talavera (Talavera de la Reina 3-VI-1970)*, pp. 10-11.
- MARTÍNEZ, JOSEFINA: *Los primeros veinticinco años de cine en Madrid (1896-1920)*. Madrid, Filmoteca Española, 1992.
- MÉNDEZ-LEITE, FERNANDO: *Historia del cine español*. Madrid, Editorial Rialp, 1965 (Tomo I).